EN TORNO AL CATALOGO DE LAS NAVES HOMÉRICO

(A PROPÓSITO DE UN RECIENTE LIBRO DE R. HOPE SIMPSON
Y J. F. LAZENBY)

1. Dentro de la problemática general de los poemas homéricos, una de las cuestiones de mayor interés y complejidad que se plantean es la del hipotético valor documental que, como reflejo de una época de Grecia cuya geografía podría describir, puede tener el *Catálogo de los Aqueos* (B 494-759), generalmente designado como *Catálogo de las Naves*. Un reciente libro de R. Hope Simpson y J. F. Lazenby¹ al que ha seguido poco después un estudio de S. Hiller² sobre la geografía del reino de Pilo en las tablillas micénicas y en Homero, y en el que ha llegado indirectamente a las mismas conclusiones— ha venido a insertarse en la serie de obras dedicadas al tema y concretamente en la línea que defiende la tesis de que el *Catálogo de las Naves* (citado en lo sucesivo como *CN*) refleja la geografía de la Grecia micénica. Con ello ha vuelto a ponerse sobre el tapete una antigua cuestión respecto a la cual ha habido posturas muy diversas, desde la que considera al *CN* como una mera ficción literaria creada por un poeta jonio del siglo VII a. C., a la no menos radical que ve en él un documento histórico—aunque poetizado— de venerable antigüedad micénica, pasando

¹ R. Hope Simpson-J. F. Lazenby, *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford at the Clarendon Press, 1971.

² S. Hiller, *Studien zur Geographie des Reiches von Pylos nach den mykenischen und homerischen Texten*, Viena, 1972 (citado *SGRP*).

por una variada gama de tesis intermedias que oscilan entre las dos posturas extremas.

La polémica es añosa y con este trabajo no pretendemos —ni mucho menos— alcanzar conclusiones definitivas, ni tan siquiera discutir en detalle las tesis de Hope Simpson y Lazenby, arqueólogos ambos de reconocido prestigio. Nos limitaremos, pues, a dar una visión de conjunto sobre la problemática general del CN, aportando una serie de consideraciones metodológicas sugeridas por el tratamiento que al tema han dado los autores del libro que ha sido origen de este trabajo, así como una discusión de las líneas generales que sigue el estudio, encaminado todo ello a establecer algunos criterios básicos para un replanteamiento de la cuestión.

2. Antes de que la arqueología empezara a ser tenida en cuenta seriamente como ciencia de gran interés para el estudio de Homero, el CN —al igual que el *Catálogo de los Troyanos* (B 816-877)— era considerado interpolación de época reciente incluso por autores de definida posición unitaria³. Gozaba, en general, de prestigio omnímodo la tesis de B. Niese⁴, para quien el CN no era sino una especie de poema periegético, originariamente independiente de la *Iliada*, compuesto a mediados del siglo VIII, aunque perteneciente a los *Cantos Ciprios*, y en el que el cataloguista habría incluido los nombres de los héroes aqueos y las cantidades de los barcos; finalmente, la forma definitiva del CN se debería a la reelaboración que del poema periegético ampliado habría hecho un poeta milesio desconocedor de la geografía representada en el original. Niese rectificó en 1882 algunos de sus criterios⁵, pero tal revisión no fue tenida en cuenta por la mayoría de los filólogos y la tesis formulada en 1872 es recogida en lo esencial por W. Leaf y W. Schmid⁶, y —más

³ Por ejemplo, C. Rothe, *Das Ilias als Dichtung*, Padeborn, 1910, p. 182.

⁴ B. Niese, *Die Homerische Schiffskatalog als historische Quelle Betrachtet*, Kiel, 1873, p. 26.

⁵ B. Niese, *Die Entstehung der homerischen Poesie*, Berlín, 1882, p. 199, n. 1.

⁶ W. Leaf, *Homer and the History*, Londres, 1915, pp. 80 ss.; W. Schmid, «Der homerische Schiffskatalog und seine Bedeutung für die Datierung des Iliads», *Philologus* 80, 1924, pp. 67-88, y *Geschichte der griechischen Literatur I*, Munich, 1929, pp. 126 ss. Para M. P. Nilsson, «Κατάπλοι», *RhM* 60, 1905, pp. 161-189, el CN es el pasaje más reciente de la *Iliada* y sería un poema independiente, obra de un rodio.

recientemente— F. Jacoby⁷ postula en un interesante artículo publicado en 1932 que el *CN* no estaba pensado para ocupar el lugar en que nos ha sido transmitido y que el parlamento de Néstor (B 337-368) invitando a Agamenón a agrupar a los aliados aqueos y la respuesta de éste (B 370-393) son interpolaciones recientes cuyo único objeto no es otro que «preparar» su entrada.

Es de hacer notar que en los autores que siguen —con las lógicas variantes— la teoría glosada, el problema del *CN* se enfoca por lo general en función de su inserción en la *Iliada* en una época en que la polémica en analistas y unitarios se encontraba en su punto culminante.

2.1. Fue T. W. Allen⁸ el que, por primera vez, recalcó con fines filológicos el interés de las coincidencias entre el material homérico y el considerado micénico por los arqueólogos; concretamente en el caso del *CN*, al que dedicó un importante libro en 1921, observó que la mayoría de los lugares en él citados coincidían con establecimientos de edad micénica. Las sugerencias de Allen recibieron algunas adhesiones, si bien fueron acogidas por lo general con escepticismo, cuando no con severas críticas⁹; pero, indudablemente, tuvo el mérito de hacer ver que la arqueología proporcionaba unos datos y apuntaba unas posibilidades que el campo exclusivamente filológico no permitía.

2.2. Las observaciones de Allen fueron recogidas y desarrolladas por V. Burr¹⁰, quien publicó en 1944 un libro de enorme trascendencia. En él, tras refutar las tesis de Jacoby y defender que el *CN* fue compuesto precisamente para el lugar que ocupa, estudia

⁷ F. Jacoby, «Die Einschaltung des Schiffskatalogs in die Ilias», *SPAW*, 1932, pp. 572-617, esp. 575 ss.

⁸ T. W. Allen, *The Homeric Catalogue of the Ships*, Oxford, 1921. Anteriormente, en *CR*, 1906, p. 21, y en «The Catalogue of the Ships», *JHS* 30, 1910, pp. 282-322, se observa también las concordancias entre Homero y el material micénico.

⁹ Entre las críticas positivas cabe citar J. B. Bury, *CAH* 2, 1924, p. 479, y V. Bérard, *Ithaque et la Grèce des Achéens (Les navigations d'Ulysse I)*, París, 1927, pp. 130 ss. En contra, Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums II* 1, Stuttgart-Berlín, 1928, p. 293, n. 1.

¹⁰ V. Burr, ΝΕΩΝ ΚΑΤΑΛΟΓΟΣ. *Untersuchungen zum homerischen Schiffskatalog*. Klio Beiheft, Leipzig, 1944.

detalladamente¹¹, de acuerdo con los conocimientos arqueológicos de su tiempo, las regiones griegas incluidas en el *CN*, tratando de localizar los topónimos. El resultado de este extenso estudio fue revelador: sesenta topónimos de época micénica (a los que se añadirían como probables otros treinta y uno), frente a setenta no localizables y sólo tres de origen probablemente posterior al asentamiento de los dorios en Grecia. Sobre esta base, sugeridora de que el *CN* reflejaba con ligeras variantes la geografía de la época micénica, y a la vista de la existencia de listas militares en tablillas de arcilla en los archivos de Ras Shamra, así como de otras seiscientos dieciocho tablillas descubiertas en 1939 por Blegen y Kariounotis¹² en Pilo —cuyo contenido era, por supuesto, desconocido en 1944, aunque Burr intuyó que podría ser similar al de los archivos de Ugarit—, llegó a una serie de conclusiones que podemos sintetizar como sigue:

1) El *CN* se basa en una lista de participantes («Teilnehmerverzeichnis») de una expedición panaquea contra Troya. Dicho «Teilnehmerverzeichnis» fue transportado a Asia Menor con los archivos de los aqueos («eolios», en la terminología de Burr), siendo allí puesto en verso y transmitido oralmente hasta que Homero le dio su última forma, apropiada precisamente al lugar que ocupa en la *Iliada*.

2) El *CN* en la forma en que lo conocemos, refleja claramente la existencia de un poema anterior, como ya apuntó M. Bowra¹³. El «Teilnehmerverzeichnis» versificado sería este poema previo: de él pasaron al *CN* varios antropónimos (Epístrofo, Agapenor, Nireo, Fidipo, Antifo, etc.) y étnicos (enianos, perrebios, magnetes), así como la gran mayoría de los topónimos.

3) Al genio poético de Homero se debería la introducción de buena parte de los héroes que aparecen en el *CN*, así como no pocos topónimos (Élide, Argos Pelásgico, etc.) y étnicos (beocios, foceos, locros, etolios, arcades, etc.).

4) El *Catálogo Troyano*, en cambio, no deriva de otra lista auténtica de participantes, sino de un poema naval (κατάπλους¹⁴);

¹¹ *Ibid.*, pp. 18-108.

¹² *Ibid.*, p. 121.

¹³ M. Bowra, *Tradition and Design in the Iliad*, Oxford, 1930, p. 110.

¹⁴ Cf. sobre la literatura épica naval el ya citado en n. 4, M. P. Nilsson,

sus paralelismos de fondo y forma con la *Iliada* evidencian que fue compuesto —como contrapartida del CN— para el lugar que ocupa.

La sugestiva tesis de Burr fue aparentemente confirmada por el desciframiento del micénico y la subsiguiente lectura de las tablillas *o-ka* de Pilo: la lista de unidades militares con el nombre de los jefes (*e-ge-ta*) y oficiales, por lo general con indicación de su lugar de origen, seguidos de la descripción numérica de los destacamentos, también con indicación de lugar de procedencia, era la mejor corroboración que Burr pudo haber deseado para su tesis¹⁵. Ésta fue aceptada, en efecto, por algunos autores, como, por ejemplo, J. Kerchensteiner¹⁶, si bien fue H. Mühlestein¹⁷ quien la desarrolló aplicándola al estudio de las tablillas *o-ka* en una monografía de gran interés publicada en 1956. Reconocía en ella¹⁸ que el supuesto «Teilnehmerverzeichnis» («*Aulisdokument» en la terminología de Mühlestein) tendría sustanciales diferencias respecto a las tablillas en cuestión, concretamente en cuanto al tipo de empresa (defensiva regional pilia en éstas, frente a ofensiva nacional panhelénica en aquéll) y a las dimensiones de ambos. Pero, pese a ello y al evidente carácter poético del CN, la existencia de un auténtico «*Aulisdokument» similar a las tablillas se dejaría entrever por los rasgos que en común tiene con ellas el CN: el carácter de lista de jefes, oficiales y tropas contadas por decenas y con detalle de su lugar de origen. A la vista de todo ello, Mühlestein concluye que *o-ka* debe leerse como δλκάς, basándose —además de en el CN— en el estudio interno de las tablillas, en especial la PY An 218, y en la comparación con un documento similar de Ugarit.

Es claro, y así lo han venido a poner de relieve las posteriores interpretaciones¹⁹ de *o-ka*, que δλκάς no es la única solución, ni

«Κατάπλοι. Beiträge zum Schiffskatalog und zu der altionischen nautischen Literatur».

¹⁵ Así lo reconoce R. Hampe al final de su «Die homerische Welt im Licht der neuesten Ausgrabungen», *Gymnasium* 63, 1956, 1-57.

¹⁶ J. Kerchensteiner, «Pylostafeln und homerischer Schiffskatalog», *MSS* 9, 1956, pp. 34-58.

¹⁷ H. Mühlestein, *Die Oka-Tafeln von Pylos*, Basilea, 1956.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 41 ss.

¹⁹ La lectura *o-ka* es la más generalizada. Recientemente, R. Schmidt-Brandt, «Die Oka Tafeln in neuer Sicht», *SMEA* 7, 1968, pp. 69-96, propone como posible —además de δρχά— la lectura δρχάς (pp. 90-91), según la proporción δρχάς : δρχος :: δλκάς : δλκος.

siquiera la más verosímil. Pero, sea como fuere, lo cierto es que el que algunas tablillas de Pilo reflejen listas de unidades militares —si son o no navales, no es cosa que deba aquí ser discutida— apoya en principio considerablemente la tesis de Burr.

2.3. De todos modos, la teoría del «Teilnehmerverzeichnis», reafirmada por el propio Burr y admitida en 1958 por T. B. L. Webster²⁰, presenta considerables dificultades de base, centradas concretamente en dos puntos específicos que ya fueron discutidos por A. Heubeck²¹ en la reseña que dedicó al libro de Burr:

1) En el *CN* coexisten héroes y pueblos de gran prestigio en el resto de la *Iliada* con otros que gozan de mucha menor relevancia en el poema. Según Burr, la presencia de estos últimos —menos distinguidos, pero auténticos («echten»)— se justificaría en el *CN* por la existencia previa de la lista de participantes. En cambio, los primeros, los que gozan del máximo prestigio («grössten») deberían su aparición a la tradición épica. Tendríamos con ello la coexistencia de dos fuentes independientes, que se desarrollan paralelamente durante toda la llamada Edad Oscura, para acabar confluyendo en el *CN*. Heubeck se muestra escéptico ante tal posibilidad y apunta que nada tendría de particular que los héroes relevantes constaran ya desde el primer momento en la tradición épica nacida en torno a Troya, y que los héroes como Agapenor, o los hermanos Fidipo y Antifo —que Burr hacía remontar a la antigua lista—, o incluso el propio Aquiles, puedan haberse añadido en época postmítica a la primitiva saga troyana.

2) Por lo demás, la posibilidad material de una lista de participantes en el sentido que la postulaba Burr es más que cuestionable. Pero, aun admitiendo que ésta existiera de hecho, resulta bastante inverosímil que los archivos fueran llevados consigo por los sucesores de los Aqueos a Asia Menor. Y mucho más difícil de admitir resultaría que un poeta o poetas tuviera acceso a los archivos y que —caso de tenerlo— pudieran leerlos²².

²⁰ Burr, «Die Tontafeln von Pylos und der homerische Schiffskatalog», *Festschrift des Peutingergymnasiums Ellwangen*, 1958, pp. 71-81. También T. B. L. Webster, *From Mycenae to Homer*, Londres, 1958 (citado *FMTH*), p. 122.

²¹ A. Heubeck, *Gnomon* 21, 1949, pp. 197-210.

²² Así lo observa D. L. Page, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley-Los Angeles, 1959 (citado *HHI*), pp. 158-159.

Otras numerosas objeciones podrían hacerse a las teorías de Burr, sobre todo en cuestiones de detalle²³, pero, en lo esencial, las dos que hemos apuntado se presentan como difícilmente salvables. Así, pues, aunque hay numerosos matices en la tesis de Burr que desbordan la formulación tan esquemática que de ella hemos dado, es, en cualquier caso, comprensible que ésta haya sido desecheda incluso por autores, como D. L. Page, por no citar sino a uno de los más relevantes, para quienes el *CN* es testimonio de un hecho verídico acaecido en época micénica.

2.4. La tesis de la historicidad de la guerra de Troya es defendida por G. L. Huxley²⁴ y ha sido llevada hasta sus últimas consecuencias por el citado D. L. Page en su brillante y polémico libro *History and the Homeric Iliad* publicado en 1959. Postula en él²⁵ que tanto el *CN* —«auténtica aunque selectiva descripción de la Grecia micénica»— como el Catálogo Troyano son auténticas formaciones de batalla («Orders of Battle»), poetizados, de una guerra rigurosamente histórica entre los Aqueos —los *Aḥḥijawa* de las fuentes hititas— y la confederación de pueblos de Asia Menor, a cuya cabeza se encontraba Troya. Dentro de sus conclusiones generales relativas al *CN*, cabe distinguir algunos puntos concretos:

1) Los dos catálogos son de origen micénico, como lo probaría el hecho de que los topónimos del *CN* no estuvieran muy alterados respecto a la situación micénica y la presencia en el mismo de héroes como el ateniense Menesteo —en lugar del esperable Teseo— de quien poco o nada se sabía en época histórica; a la misma antigüedad micénica del *CN* apuntaría el que la mayoría de los topónimos y nombres de héroes vayan acompañados de epítetos

²³ Para una refutación radical, cf. G. Jachmann, *Der homerische Schiffska-
talog und die Ilias*, Colonia-Opladen, 1958, pp. 19 ss., para quien (p. 27) el *CN*
no refleja en modo alguno la Grecia predoria. Jachmann rebate los más diver-
sos puntos de vista de Burr: el que Halo fuera el punto de reunión de los
Aqueos del Norte, el que los integrantes del *CN* estén ordenados según fueron
incorporándose a la expedición, el que los héroes prestigiosos del *CN* pertenez-
can a acervo de la épica tradicional y los insignificantes al «Teilnehmerver-
zeichnis», etc.

²⁴ G. L. Huxley, «Mycenaean Decline and the Homeric Catalogue of Ships»,
BICS 3, 1956, pp. 19-30. Igualmente en *Achaeans and Hittites*, Oxford, 1960, *passim*.

²⁵ Véase el capítulo «The Homeric Description of Greece», pp. 118 ss.

formularios empleados en los poemas homéricos. En el caso del *Catálogo Troyano* la prueba vendría dada por el hecho de que una ciudad como Alibe (B 857 ὄθεν ἀργύρου ἐστὶ γενέθλη) o un monte como el Ftires (B 868) sean ilocalizables en época histórica.

2) Con todo, el *CN* se habría compuesto independientemente en su origen de la tradición épica, como lo prueban las sustanciales diferencias que presenta respecto a la *Iliada*. Así, por ejemplo, llaman la atención, por estar en contradicción flagrante con el resto de los poemas homéricos, el que una quinta parte del *CN* —y concretamente un tercio de los topónimos— se refiera a los beocios, foceos, locros y Abantes de Eubea, o que los reinos de Agamenón, Aquiles y Odiseo tengan en él una tan menguada extensión.

3) Así, pues, el *CN* se habría incorporado, tras una larga fase de tradición oral, a la *Iliada* en época reciente sin grandes innovaciones respecto a su forma originaria, aunque fue ampliado con algunas adiciones de menor relevancia: las alusiones a Ajax el Mayor (B 557 ss.), a Tlepólemo (B 653 ss.) y las diferentes cantidades de naves, extremo este último que debería atribuirse a la acción de aedos jonios.

2.5. Las tesis de Page cautivan al lector tanto por el peso de sus argumentos como por la brillantez de la exposición, pero, pese a todo, la antigüedad micénica del *CN* dista mucho de estar definitivamente establecida. La oposición extrema a las teorías de Allen y Burr había sido nuevamente representada, un año antes de la aparición del libro de Page, por G. Jachmann²⁶, quien —desde su conocida postura analista— considera al *CN* como un poema aislado respecto al resto de la *Iliada*, compuesto en el siglo VII a. C. por un homérica interesado por las cuestiones geográficas, que manejó una previa fuente periegética de la que tomó nombres indiscriminadamente; en cualquier caso, los rasgos que podrían sugerir un origen micénico no son sino muestras de la voluntad arcaizante del autor. El poema habría sido compuesto para el lugar que ocupa, pero no es obra del «poeta de la *Iliada*», como probarían —entre otras razones— el interés geográfico que mueve a su autor a citar ciudades y estirpes que no constan en la *Iliada*, así como una serie

²⁶ Cf. *ob. cit.* en n. 23.

de rasgos lingüísticos y estilísticos que demuestran inconsecuencias y descuidos respecto al auténtico Homero, y —en última instancia— el que el contenido y la forma del *CN* poco o nada tengan de poético. Las tesis de Jachmann, ampliamente discutidas por I. Kakridis²⁷, se insertan en la problemática general de la unidad de los poemas homéricos, y pierden quizá por ello concreción al abordar la cuestión del *CN*. Pero es, en cualquier caso, indudable que Jachmann y los autores que defienden la postura de Niese —nacida, ella también, en el mismo ámbito polémico entre unitarios y analistas— tienen la ventaja de basar sus conclusiones en procedimientos exclusivamente filológicos.

Recientemente, apenas un año antes de la publicación del libro de Hope-Simpson y Lazenby, A. Giovannini²⁸ volvió a plantear la cuestión de la validez de la aplicación de criterios arqueológicos al estudio del *CN*, haciendo observar que los topónimos atestiguados en época micénica y desaparecidos en tiempo de Estrabón o de Pausanias pudieron haber desaparecido durante la época helenística o antes, pero, desde luego, después de la época arcaica. Con ello se reduce considerablemente la posibilidad de que éstos hubieran desaparecido forzosamente durante la Edad Oscura, y cobra fuerza la suposición hipotética de que, si dispusiéramos para el siglo VIII de un tratado como los de los geógrafos de época reciente, los establecimientos micénicos ilocalizables en tiempos de Estrabón o Pausanias podrían ser localizados sin gran dificultad, y que, por tanto, el *CN* pudiera también reflejar cuanto menos la época arcaica. Otro punto —fundamental— sobre el que llamó la atención Giovannini es lo enormemente problemático que resulta el localizar con exactitud los lugares supuestamente micénicos citados en el *CN*, cuestión ésta que trataremos con cierto detalle más adelante (cf. 4.2). La conclusión a que llega Giovannini de que la Grecia del *CN* se corresponde —salvo en los casos de Itaca y Tesalia— con la de la época arcaica (es decir, aquella en la que fue compuesto) y, sobre todo, la más arriesgada de que el itinerario seguido en la descripción del *CN* —coincidente con el de los $\theta\epsilon\alpha\rho\iota$ délficos— y las

²⁷ I. Kakridis, *Gnomon* 32, 1960, pp. 393-410. Cf. también Page, *CR*, N. S., 1960, pp. 105-108.

²⁸ A. Giovannini, *Etude historique sur les origines du Catalogue des Vaisseaux*, Berna, 1969.

coincidencias formulars con los oráculos píticos, inducen a ver el *CN* como obra debida a la propaganda délfica, con ser interesantes y dignas de ser tenidas en consideración, no deben detenernos aquí.

Del trabajo de Jachmann y, sobre todo, del de Giovannini debemos retener, en lo esencial, el escepticismo ante la tesis que podríamos llamar «micénica» de Allen, Burr y Page —defendida, además de por Hope-Simpson y Lazenby, por Hiller y por G. Lucchini²⁹— y una posibilidad: que los rasgos supuestamente micénicos del *CN*, y de Homero en general, deban entenderse como elementos arcaizantes de una poesía desarrollada, y tal vez creada, en época postmicénica.

3. En tales circunstancias, y mientras algunos autores como A. Lesky³⁰ mantienen un equilibrado y prudente escepticismo en lo relativo a la explicación de los elementos micénicos en el *CN* o en la cuestión de si éste fue o no elaborado *ex professo* para el lugar que ocupa, el libro de Hope Simpson y Lazenby vienen a aportar la novedad de un estudio riguroso y exclusivamente arqueológico, basado en los datos de historiadores, geógrafos y mitógrafos antiguos.

3.1. Los autores parten de la base de que el mundo homérico y el mundo micénico de las tablillas o el de la arqueología difieren por la naturaleza misma de la tradición épica: en Homero, los aspectos políticos, sociales y económicos presentan una confusa amalgama de elementos inclasificables como estrictamente propios de la Grecia micénica o de la de los primeros tiempos de la Edad del Hierro, pero el marco material es, al menos en parte, claramente micénico (p. 9). Así, la lista de elementos supuestamente postmicénicos que propuso G. S. Kirk³¹ en 1962 (cremación, uso de un par

²⁹ Hope Simpson, «The Homeric Catalogue of Ships and its dramatic context in the Iliad», *SMEA* 6, 1968, pp. 39-44; Hiller, *SGRP*, *passim*; G. Lucchini, «Ricordi storici micenei del regno di Pilo nei poemii homerici», *SMEA* 13, 1970, pp. 51-89.

³⁰ A. Lesky, *Homeros*, en *RE*, Supl. XI, 1968, pp. 687-846, esp. 788 ss.

³¹ G. S. Kirk, *The Songs of Homer*, Cambridge, 1962 (citado *SH*), pp. 183 ss., con algunas variantes sobre «Objective Dating Criteria in Homer», *MH* 17, 1960, pp. 189-205, esp. 193 ss.

de lanzas arrojadizas, ausencia de escribas, referencias a los Fenicios, posibles alusiones a tácticas de hoplitas, etc.), es refutada con argumentos arqueológicos más o menos convincentes (pp. 2 ss.). El eslabón que uniría el mundo micénico con Homero será no un recuerdo popular («folk memory») —que no hubiera podido justificar el recuerdo del escudo «como una torre» o la tan perfecta descripción del yelmo de dientes de jabalí (K 261 ss.), objetos ambos de los primeros tiempos de la civilización micénica—, sino una auténtica poesía micénica («Mycenaean Poetry»).

3.2. Sentadas estas premisas de tipo general, en las que Hope Simpson y Lazenby se pronuncian abiertamente a favor de la tesis «micénica», la parte central del libro (pp. 15-151) está dedicada a un pormenorizado y concienzudo estudio del *CN*, concretamente de los diferentes reinos —veintiocho en total— que en él se incluyen. Dentro de cada reino se estudian y discuten, en detalle y por separado (bibliografía específica, información sobre las diferentes etapas de su ocupación, intento de localización), de todos los topónimos citados. Asimismo, hay al final del estudio de cada reino un intento de delimitación de sus fronteras y de fijación del período a que corresponde la imagen que de él ofrece el *CN*.

Este último intento no siempre es fácil de llevar a cabo, pues suelen presentarse problemas de orden arqueológico que a veces hacen fluctuar entre, por lo menos, dos dataciones posibles sin grandes esperanzas de una solución definitiva:

1) En algunas regiones hay restos arqueológicos del período Micénico Reciente III B y también del III C: tal es el caso de Beocia, de los reinos de Agamenón y Diomedes, o de Rodas.

2) En otras hay, además de restos micénicos, vestigios típicos de las primeras fases de la Edad del Hierro. Éstos son escasos en el reino de Menelao en Lacedemonia o en los países de los beocios y foceos, aunque los hay más abundantes en Arcadia, Etolia, Creta, Rodas, en los reinos de Fidipo y Antifo (el posteriormente llamado Dodecaneso), o en el de Eumelo en Tesalia.

En cualquier caso, es evidente que el pasmoso conocimiento que de la arqueología de Grecia poseen los autores contribuye a hacer

más que verosímiles las conclusiones a que, para cada caso, llegan ³².

3.3. El análisis completo de los topónimos lleva a los autores a la conclusión general (pp. 153 ss.) de que el *CN* refleja la Grecia micénica por tres razones:

1) Emplazamientos micénicos citados en el *CN*, como Hirie (v. 496) y Eutresis (v. 502) en Beocia, Crisa (v. 520) en Fócide y Pilo (v. 591) y Dorion (v. 594) en el reino de Néstor, permanecen desiertos en época postmicénica.

2) Algunos, como Nisa (v. 508) en Beocia y Eones (v. 561) en el reino de Diomedes, entre otros, son totalmente desconocidos e ilocalizables en época histórica.

3) A la inversa, faltan en el *CN* centros de gran relieve en época histórica, como es el caso de Mégara, Fliunte, Queronea o Farsalo, aunque no se excluye la posibilidad de que constaran en él con otro nombre.

De cualquier modo, el hecho de que la mayoría de los topónimos —más aún que los que contabilizó Burr ³³— se correspondan con emplazamientos de época micénica no permite dar una explicación concluyente a las divisiones políticas que refleja el *CN*, si bien parece que representan una situación que pudo ser real en MR III B y, sobre todo, en el MR III C (cf. *infra*). Finalmente, la impresión un tanto subjetiva de que los establecimientos micénicos son típicos por su situación y disposición, y como a tales son aludidos en el *CN*, completa la serie de argumentos aducidos por los autores en defensa de su tesis.

3.4. Por lo demás, el *CN* reflejaría precisamente el período MR III C, época de declive micénico coincidente con las destrucciones

³² Incluso en lugares en los que faltan restos arqueológicos de fines de la Edad del Bronce, los autores conjeturan brillantemente la posible localización. Así Tarfe (p. 49) en el país de los locros, Mese (p. 76) en el reino de Menelao identificados, respectivamente, con el antiguo castillo medieval de Boudonitza y con el promontorio Tigani. Igualmente mencionables son las localizaciones de Coronea (p. 26, hoy Levadía), Etilo (p. 79, hoy Yithion), etc.

³³ Aunque los autores no hacen recuento de los resultados, si nos fijamos en el cálculo de W. McLeod en su reseña en *Phoenix* 24, 1970, 256-270, que de 68 topónimos localizados (a los que hay que sumar 25 probables y 23 posibles), 92 están ocupados en las últimas etapas de la Edad del Bronce.

y general despoblación que a fines del MR III B (ca. 1200 a. C.) ocasionaron una ruptura de la unidad cultural micénica, aún antes de que los responsables de tal catástrofe (= ¿dorios?) se asentaran definitivamente en suelo griego, según la conocida teoría de V. R. d'A. Desborough³⁴. Habría en el CN dos rasgos que concretamente probarían este punto de vista.

1) La desintegración de los poderes unitarios tras la crisis general, como se ve claramente en la fragmentación del reino de Agamenón, privado en el CN (vv. 561 ss.) de Argos y Tirinte, que aparecen en poder de Diomedes. El mismo fenómeno encontraríamos en la atomización del antiguo reino tesalio de Aquiles y Peleo (v. 681 ss.), dividido nada menos que en nueve minúsculos reinos, o en la partición entre Tlepólemo, Nireo y los hermanos Fidipo y Antifo (v. 653) de las islas que posteriormente formaron el llamado Dodecaneso. En este apartado cabría incluir asimismo el reino de Néstor en Pilo —cuya enigmática no concordancia con el testimonio que de Pilo dan las tablillas micénicas es señalada como consecuencia de la limitada condición de éstas—, el de Odiseo (v. 631) —muy reducido en provecho de Meges— o el de Idomeneo (v. 645 ss.) —constreñido a la región central de Creta—, aunque los casos citados en primer lugar sean tal vez los más significativos.

2) La existencia en el CN de elementos probablemente propagandísticos sería también característico de la época subsiguiente a la desintegración de las unidades políticas previas. Tales elementos propagandísticos pudieron haber sido introducidos en el CN por obra de pueblos asentados en Grecia con posterioridad a los desastres de fines del MR III B: así cabría interpretar el insignificante papel que en el CN tienen Orcómeno (v. 511) —la antigua capital de los minias durante el MR III B—, Eutresis (v. 502) o Midea (v. 507), debido todo ello probablemente al interés de los beocios recién llegados en realzar las ciudades por ellos fundadas en detrimento de las de los anteriores habitantes de la región. El mismo recurso tendrían aquellas ciudades que quisieran afirmar su independencia frente al antiguo poder central —caso de Argos y Tirinte respecto

³⁴ V. R. d'A. Desborough, *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, 1964 (citado *LMTS*), y la síntesis «History and Archeology in the Last Century of the Mycenaean Age», *Atti Roma* III 1968, pp. 1073-1090.

a Micenas— o aquellas —como Atenas (v. 546 ss.) que pretendieran destacarse de las localidades vecinas.

Es de hacer constar, en todo caso, que Hope Simpson y Lazenby —al igual que Page— se muestran reticentes ante la posibilidad de la presencia de elementos dorios, que para algunos³⁵ estaría probada especialmente por la presencia de los Heraclidas Tlepólemo, Fidipo y Antifo, y las enigmáticas alusiones (B 655 y 668) a las tres tribus dorias en Rodas. Aunque Heraclida, Tlepólemo es considerado héroe local rodio (p. 118) y la leyenda sobre Fidipo y Antifo sería de dudosa veracidad (p. 124), si bien se admite que la imagen que de ambos reinos ofrece el CN podría corresponder tanto al MR III C como a las primeras fases de la Edad del Hierro.

3.5. A la luz de estas conclusiones de tipo arqueológico, los autores postulan que el CN —surgido en principio como obra de poetas orales contemporáneos de la guerra de Troya, que recogieron una lista o listas de héroes participantes— fue fijado definitivamente en la época subsiguiente a los desastres de ca. 1200, es decir, en el MR III C. No era esencialmente una simple lista de nombres³⁶, ya que también se vio coloreado por el epíteto tradicional y quizá enriquecido por la aglutinación de otros catálogos menores de origen diverso, aunque es, desde luego, más fidedigno desde el punto de vista documental que la *Iliada* —último estadio de una tradición poética desarrolladísima—, a la cual se unió en fecha reciente y de la que era en principio independiente, como probarían las tan citadas divergencias respecto a los poemas homéricos.

Finalmente, tras mostrarse escépticos ante la posibilidad de que el CN fuera compuesto en Beocia (pp. 168-169), Hope Simpson y Lazenby concluyen que, si la *Iliada* es obra de un solo poeta, nada impide que éste sea también el mismo del CN, y que, en general,

³⁵ Por ejemplo, Miss Lorimer, *Homer and the Monuments*, Londres, 1950, p. 47 y p. 466 n. 2, y más recientemente P. Oliva, *Sparta and its social Problems*, Praga, 1971, p. 20, apoyándose en los Δωριέες τριχάκιες (τ 177), y Hes. Fr. 191 Rzach y con bibliografía. Hope Simpson y Lazenby lo niegan en la misma línea que Page *HHL*, pp. 137 ss.

³⁶ Page, *HHL*, pp. 123-124, ha de reconocer la existencia de epítetos formularios. Sobre el valor literario del CN, cf. I. Kakridis, *art. cit.* en n. 27, y C. Sandulescu, «Recherches sur la valeur littéraire du Catalogue des Vaisseaux», *AAntHung* 17, 1969, pp. 125-148.

el hecho de que éste refleje la Grecia micénica incita a ver en los poemas homéricos más elementos de época micénica y menos de la postmicénica de los que hasta ahora se admiten.

El libro se completa con un apéndice dedicado al *Catálogo Troyano*, ante el cual los autores (pp. 176 ss.) se muestran escépticos después de sopesar los diferentes argumentos que se han dado para atribuirlo a una u otra época.

3.6. Como hemos visto, y al margen del estudio arqueológico, que ocupa la mayor parte del libro, Hope Simpson y Lazenby siguen en líneas generales —sobre todo en las conclusiones— el esquema de Page, aunque difieran de él en algunos puntos de vista. Así, por ejemplo, en su oposición a identificar los *Αἰθίῳα* con los micénicos de Rodas en su escepticismo ante la rigurosa historicidad de ambos catálogos, y, sobre todo, ante la suposición de Huxley³⁷ de que el *CN* refleje concretamente la situación de Grecia en la época de la guerra de Troya. También se muestra en desacuerdo respecto a Page en algunas cuestiones de detalle, como al no admitir que el *CN* haya sido compuesto en Beocia³⁸, ni que las relaciones entre Agamenón y Diomedes sean las de caudillos de dos reinos diferentes, pero no independientes³⁹, ni que sólo aparezca citada Atenas por autocontrol impuesto a sí mismos por los editores atenienses⁴⁰.

4. Hemos expuesto, en líneas generales, el contenido del libro que ha dado pie a esta discusión, si bien no podemos con ello dar una cabal idea de la riqueza de datos y de la maestría con que éstos son tratados por los autores en el intento de localización de los topónimos. Es evidente que la arqueología es ciencia de enorme valor para el filólogo y, precisamente, su mayor interés radica tal vez en la asepsia de la información, libre de prejuicios lingüísticos e históricos, que proporciona. No hace mucho el autor de estas líneas tuvo el gusto de elogiar —quizá en términos no tan expresivos como aquel trabajo merecía— un excelente libro de Desborough⁴¹

³⁷ *BICS* 3, 1956, pp. 21-22.

³⁸ Hope Simpson-Lazenby, p. 168, frente a Page, *HHI*, p. 152.

³⁹ *Ibid.* pp. 70-72, frente a *ibid.* pp. 130-131.

⁴⁰ *Ibid.* p. 56 frente a *ibid.* p. 171 n. 72.

⁴¹ Desborough, *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972 (citado *GDA*). Cf. nuestra reseña en *Minos* 14:1, 1974 (en prensa).

sobre la Edad Oscura, libro éste que proporcionaba una gran cantidad de datos arqueológicos sobre este crítico período de la historia de Grecia y apuntaba una serie de posibilidades interpretativas de gran interés para el filólogo; pero quizá lo más relevante en tal libro era su omisión sistemática de las fuentes literarias tardías y la decidida negativa a poner nombres de estirpes griegas a los supuestos responsables de tal o cual innovación en el material arqueológico estudiado. Como el propio Desborough reconocía, las interpretaciones e hipótesis pueden ser muy divergentes entre sí sin salir siquiera del plano exclusivamente arqueológico, pero, proyectadas en el ámbito de lo lingüístico —y, sobre todo, en el de lo literario— podrían multiplicarse en sentidos cada vez más diversos. Así, pues, podríamos decir, aun a riesgo de pecar de excesivo esquematismo, que el estudio arqueológico tiene la gran ventaja de la objetividad y la gran limitación de no poder servir de base exclusiva para obtener conclusiones generales, al menos respecto a una época y a una tradición poética como las que nos ocupan.

4.1. Aun admitiendo sin más la validez de los criterios exclusivamente arqueológicos, de que se sirven los autores aplicados al estudio de una poesía tan artificiosa y tan deudora de una larga tradición como es la homérica, debemos hacer unas precisiones respecto a los presupuestos básicos de la obra de Hope Simpson y Lazenby (cf. 3.1.):

1) La refutación de los elementos que Kirk⁴² consideraba postmicénicos en Homero puede, en todo caso, invitar al escepticismo casi total⁴³, ya que —dentro de lo difuso del material homérico— tenemos datos en ambos sentidos: aunque algunos objetos como el escudo «como una torre» (σάκος ἥϊτε πύργον), la espada claveada de plata (φάσγανον ἀργυρόηλον), la coraza⁴⁴ (θώραξ) de los Ἄχαιοι χαλκοχίτωνες y, en general, todas las armas de bronce parecen apuntar a la época micénica, no podemos pasar por alto que los utensilios (e incluso armas) de hierro y —sobre todo— la

⁴² Cf. *ob. cit.* en n. 31.

⁴³ A. M. Snodgrass, *The Dark Age of Greece* (citado DAG), Edimburgo, 1971, pp. 333 ss.

⁴⁴ Una corroboración en G. A. K. King, «The Homer Corslet», *AJA* 74, 1970, pp. 294-296, a la vista del hallazgo de una coraza micénica en Dendra.

mención de los Fenicios⁴⁵ son inseparables de la época postmicénica. Así, pues, el elemento arqueológico datable con posterioridad al colapso definitivo del mundo micénico no puede en modo alguno ser descartado, aunque su existencia no pueda probarse de manera irrefutable. Hope Simpson y Lazenby son conscientes de esta limitación, aunque —pese a todo— parecen demasiado optimistas respecto a la posibilidad de admitir el carácter micénico y no postmicénico del material homérico.

2) La amalgama arqueológica —y lingüística— inherente al carácter poético, y, por tanto, artificial y arcaizante de los poemas homéricos fue puesta en evidencia de manera concluyente por Kirk⁴⁶, y el mayor conocimiento arqueológico de que en la actualidad disponemos ha venido a corroborar la existencia de tal amalgama. En lo relativo a formas de enterramiento, nada se puede sacar en claro del material homérico, desde el momento que no es hoy por hoy posible oponer inhumación colectiva en *tholos* como uso micénico a cremación individual en cistas como costumbres postmicénica, a la vista de los numerosos datos que contradicen tal formulación⁴⁷.

Por lo demás, en cuanto a cerámica y artes figurativas en general, está admitida —tanto por autores, como Desborough, que siguen relacionando el origen de la cultura submicénica con la llegada de elementos procedentes del Epiro, como por aquellos que, como Snodgrass⁴⁸, no ven en ella sino un desarrollo de tipos micénicos— la existencia de una continuidad de la tradición micénica en época postmicénica, y D. Levi⁴⁹ ha hecho ver convincentemente que tal

⁴⁵ Cf. J. D. Muhly, «Homer and the Phoenicians», *Berytus* 19, 1970, pp. 19-64.

⁴⁶ Kirk, *SH*, pp. 179 ss.

⁴⁷ El enterramiento en cistas estaba ya muy extendido en la edad del bronce y en época postmicénica no hace sino reaparecer masivamente. En cambio, en Creta persiste tenazmente durante toda la edad oscura el enterramiento en *tholos*, así como esporádicamente en Tesalia y Arcadia.

⁴⁸ Desborough, *GDA*, pp. 160 ss.; Snodgrass, *DAG*, pp. 314 ss.

⁴⁹ D. Levi, «Continuità de la tradizione micenea nell'arte Greca arcaica», *Atti Roma* I, 1968, pp. 185-212. La tradición micénica tardía persiste en figurillas de terracota femeninas en Beocia, cf. M. Krogulska, «Late Mycenaean tradition in Boeotian archaic terracottas», *ibid.*, 228-231. Es de hacer notar que, pese a las lógicas dificultades en su estudio, la simbiosis e incluso el sincrctismo de formas políticas aqueas con las de los dorios dominadores en regiones como Acaya, cf. T. V. Blawatskaja, «Sur quelques traits de la vie politique en Grèce du XVI.^e au XI.^e siècle», *Atti Roma* III, pp. 1101-1107.

tradición —al igual que la minoica— se mantiene sin solución de continuidad hasta la época arcaica. En el caso concreto de la cerámica, los nueve tipos de vasos⁵⁰ y la decoración que caracterizan a la submicénica son sendos desarrollos de tipos usuales a fines del MR III C, incluso en aquellas regiones (Ática occidental, Argólida, Beocia) en que mayores son las diferencias de todo tipo respecto a la época micénica⁵¹. Además, en otras regiones⁵² como el Egeo central, Yolco (en el golfo de Pagasas), Cefalonia y, sobre todo, Itaca y Acaya, en las que persistieron hasta bien entrada la Edad del Hierro las comunidades aqueas, el estilo de vida micénico se mantuvo por lo menos hasta el comienzo de la cultura llamada protogeométrica, cuyo foco de irradiación fue el Ática.

Podemos, pues, concluir de estas observaciones generales acerca de los aspectos arqueológicos de Homero que el carácter artificial y multiseccular de su poesía (tan propia para el recuerdo de las glorias pasadas), así como el hecho de que la tradición cultural micénica perdure con mayor o menor grado de intensidad durante toda la Edad Oscura, invitan a un marcado escepticismo en cuanto al valor documental de los datos homéricos y, sobre todo, en cuanto a la posibilidad de que objetos micénicos reproducidos en los poemas impliquen forzosamente que los pasajes en los que aparezcan deban remontar a la época micénica.

4.2. En cualquier caso, la aplicación de métodos exclusivamente arqueológicos a la datación de la imagen de Grecia que presenta el *CN* sería por por completo admisible si admitiéramos que la localización de los mismos puede ser fijada con exactitud a la luz de los datos de los geógrafos e historiadores antiguos. Pero es lo cierto que el estudio de los topónimos, que ya de por sí es considerablemente complejo en una región determinada, en el marco de los poemas homéricos presenta dificultades que a nuestro modo de ver son poco menos que insuperables. Y es ello lo que hace que los argumentos esgrimidos por Hope Simpson y Lazenby sean altamente discutibles.

⁵⁰ Cf. Desborough, *GDA*, pp. 30 ss.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 64 ss.

⁵² *Ibid.*, pp. 80 ss.

1) Es lógico que el que falten en el *CN* centros como Farsalo, Larisa o Mégara no prueba gran cosa en favor del pretendido reflejo de la época micénica; en efecto, y como los propios autores reconocen, no es en modo alguno descartable que constaran en el *CN* con otro de los muchos nombres no localizables en época histórica.

2) Tampoco tienen valor probativo los topónimos que aparecen citados en el *CN* y eran desconocidos en época histórica, o, por mejor decir, imperial, ya que a fecha tan reciente se remontan los testimonios de Estrabón y Pausanias, que tan a menudo citan los autores. Las objeciones de Giovannini (cf. 2.5.), por extremistas que puedan parecer, y aunque son susceptibles de correcciones de detalle⁵³, siguen siendo fundamentales: el que en época helenística sólo se mantuvieran habitados ciento cuarenta y seis lugares citados en el *CN*, hace pensar que la posibilidad de localizar tales topónimos es muy limitada a falta de datos fidedignos de, por lo menos, la época arcaica.

Los dos argumentos que acabamos de comentar no son, desde luego, los más importantes en la tesis de Hope Simpson y Lazenby. El fundamental, y al mismo tiempo, el más convincente en principio, es el de los establecimientos micénicos despoblados en época postmicénica, y merece especial atención.

4.3. Tal argumento sería concluyente si la información homérica fuera enteramente fidedigna y supiéramos con certeza que cada topónimo del *CN* correspondía a un lugar real y concreto. Pero, si tenemos en cuenta que los poemas homéricos son depositarios de una tradición de, por lo menos, cuatro siglos de antigüedad, y que en este dilatado período los movimientos migratorios fueron frecuentes en toda Grecia⁵⁴, cabe preguntarse si el poeta jonio de Asia Menor en quien culminó esta larga tradición tenía conocimiento o recuerdo

⁵³ Cf. la reseña de J. B. Hainsworth, *CR*, 1971, pp. 448-449.

⁵⁴ En el caso concreto del Peloponeso, cf. E. Meyer, *Peloponnesische Wanderungen. Reisen und Forschungen zur antiken und mittelalterlichen Topographie von Arkadien und Achaia*, Zurich, 1939, y *Neue Peloponnesische Wanderungen*, Zurich, 1957, con mayor atención a Trifilia. Para una visión de conjunto no sólo de los procesos migratorios, sino también de relaciones interregionales, cf. Desborough, *LMTS*, pp. 217 ss., y *GDA*, pp. 329 ss.; igualmente, Snodgrass, *DAG*, pp. 296 ss.

exacto de los lugares que citaba. Caben contra esta posibilidad dos objeciones que se nos antojan casi insuperables:

1.^a Un topónimo atestiguado en el *CN* podría no corresponder exactamente con el que los autores han estudiado: son numerosos los que aparecen en regiones diversas de Grecia, generalmente llevados de una a otra en el curso de movimientos migratorios que acaecieron profusamente desde la llegada misma de los primeros griegos a Grecia, todavía en la Edad del Bronce⁵⁵.

2.^a Un topónimo atestiguado por geógrafos e historiadores de época reciente puede haber sido dado a tal o cual lugar de manera casual y arbitraria en época imprecisable. Tal fenómeno encuentra frecuentemente correlato en la Grecia moderna.

Ambas objeciones han sido calificadas por Hope Simpson y Lazenby (p. 27), un tanto a la ligera, como «arguments of desperation». Tal vez lo sean, pero no faltan ejemplos numerosos en Homero, y concretamente en el *CN* que fundamenten tal escepticismo. Veamos algunos casos.

4.4. El caso de Pilo es muy significativo⁵⁶. Hope Simpson y Lazenby atribuyen las diferencias entre la imagen que del reino supuestamente dirigido desde esta ciudad dan el *CN* y las tablillas del Lineal B al limitado mundo de estas últimas y a la diferente cronología de ambas fuentes. En cualquier caso, se plantea el doble problema de cuál de las diferentes Pilos atestiguadas en época histórica responden a la capital del reino micénico y si ésta es la misma del reino de Néstor en el *CN*.

1) Hope Simpson y Lazenby consideran que la *pu-ro* capital del reino micénico coincide con el palacio de Ano Englianos que excavó Blegen. Sin embargo, no es ésta la única localización que ha sido propuesta. Hiller^{56bis} ha defendido que, si bien habría una *pu-ro* mesenia coincidente con Ano Englianos y capital de la provincia *de-u-ro-ko-ra-i-ja*, en la provincia *pe-ra₃-ko-ra-i-ja* la capital sería

⁵⁵ Sobre las coincidencias toponímicas entre la Grecia central y el Peloponeso predorio cf. W. Porzig, *IF*, 1954, pp. 165 ss. y concretamente sobre la presencia de minias de Yolco y Orcómeno, portadores de tradiciones culturales y míticas de Tesalia y Beocia en el sur del Peloponeso, cf. F. Kiechle, *Historia* 9, 1960, pp. 38 ss.

⁵⁶ Para una visión de conjunto, cf. M. Fernández-Galiano, en la obra conjunta *Introducción a Homero*, Madrid, 1963, 226 ss.

^{56bis} Hiller, *SGRP*, *passim*, esp. pp. 161 ss.

la *pu-ro ra-wa-ri-ti-ja* identificable con la actual Kakowato, cuya necrópolis fue excavada por Dörpfeld. Esta última provincia, pues, se extendería hasta el sur de Elide, y *pi*.*82 $\Phi\epsilon\iota\alpha$ sería la localidad fronteriza.

La tesis de Hiller ha sido enérgicamente rebatida por J. Chadwick, para quien la identificación de *pi*.*82 con $\Phi\epsilon\iota\alpha$ es inadmisibles⁵⁷, por lo que el reino de Pilo no se extendería más allá del río Neda; tal explicación haría mucho más verosímil la disposición de tropas costeras no lejos de sus hogares. En cualquier caso, el hecho de que en unos documentos auténticos como las tablillas la localización de Pilo sea tan problemática hace suponer que en el CN (y en todo Homero) las dificultades sean aún mayores.

2) Hiller supone⁵⁸ que las nueve ciudades integrantes del reino de Néstor en el CN corresponden con las nueve localidades de la provincia *pe-ra₃-ko-ra-i-ja* (costa occidental del Peloponeso, incluyendo Trifilia). Ahora bien, en el CN estaría teóricamente presente la provincia oriental (*de-u-ro-ko-ra-i-ja*): la Πύλος (B 591) del CN sería la mesenia de Ano Englianos y la alusión al tracio Tamiri (B 595), procedente de Ecalia⁵⁹ (Tesalia), estaría destinada —como ya hizo ver F. Kiechle⁶⁰— a cubrir el lugar que habrían debido ocupar las siete localidades de la provincia oriental, una de las cuales sería precisamente la Ecalia mesenia.

⁵⁷ La lectura *pi*.*82 $\Phi\epsilon\iota\alpha$ (como en H 135) se basa en la identificación del signo *82- como *ja*, cf. L. R. Palmer, *Eranos* 53, 1955, p. 2. Para una crítica pormenorizada, J. Chadwick, «*Εστι Πύλος πρό Πύλοιο», *Minos* 14:1 (1974), pp. 39-59.

⁵⁸ Hiller, *SGRP*, pp. 202 ss.

⁵⁹ No deja de ser problemática la localización homérica de Ecalia. Aparte de la Mesenia, que Hiller identifica con mic. *o-ka-ra*, existe una localidad del mismo nombre en Tesalia (B 730) que para Hope Simpson Lazenby, *ob. cit.* 140-141, puede situarse en las actuales Kastri o Palaiogardiki, así como una tercera en Eubea (Strab. 10, 1, 10 p. 448). Es de suponer que la explicación de las coincidencias haya de buscarse en movimientos de población, pero tal posibilidad no puede quedar aquí más que someramente esbozada.

⁶⁰ F. Kiechle, *Historia* 9, 1960, p. 63; igualmente, G. Lucchini, *SMEA* 13, 1971, p. 56. Por lo demás, que Homero conociera la Pilo trifilia resultaría evidente en la Nestóride (A 711 ss.), mientras que en las *Litai* (I 150 ss.) son las siete ciudades del golfo mesenio las que son presentadas como propiedad de Agamenón, no por influencia doria en la epopeya —como creyó Burr—, sino por el hecho de que el que no aparecieran dichas ciudades (al menos en apariencia) en el CN las haría pasar como no propiamente pilias (cf. Hiller, *SGRP*, p. 205).

Otros autores como E. Meyer⁶¹ consideran que la Pilo del *CN* no es otra que la de Trifilia. Pero lo que realmente nos interesa retener de esta discusión es que, pese a la bien trabada tesis de Hiller encaminada en última instancia a demostrar que el reino de las tablillas coincide en lo esencial con el de Néstor en el *CN*, para lo cual tiene que admitir las improbables lecturas *pi-82* Φεῖλα, *a-pu2* Αἰπύ o *a-pi-ke-ne-a* Ἀμφιγένεια (como topónimo), el carácter artificial de los poemas homéricos no permite concebir demasiadas esperanzas. Resulta realmente problemático, y en modo alguno solucionable a partir de los datos del *CN*, el precisar si la Pilo de B 591 corresponde a la de Mesenia, a la de Trifilia, o incluso a una tercera sita en Élide (Paus. 6.22.5; Diod. 14.17.9); y no se descarta la posibilidad de que en Homero no quedara más que un vago recuerdo de un nombre ilocalizable, que en alguna ocasión (E 397) llegase incluso a aplicarse metafóricamente a la puerta del Hades.

Así, pues, podríamos concluir que si la Pilo de las tablillas coincide con Ano Englianos o si puede también referirse a Kakowato es cosa que la Micenología puede resolver. Pero lo cierto es que los sucesores de los micénicos que poblaron tal reino, sea cual fuere su extensión, emigraron a partir de *ca.* 1200 hacia el interior o hacia el norte del Peloponeso; por tanto, nada garantiza que la Pilo del *CN* coincida con lugar alguno concreto.

4.5. Otros topónimos tienen menor relevancia en lo que respecta al problema que nos ocupa por no atañer estrictamente al *CN*, pero su localización es poco clara y sirven como ejemplo del cuestionable valor de los topónimos homéricos. Veamos dos ejemplos.

Feras⁶² es presentada como parte del reino de Eumelo en Tesalia (B 711), la cual coincide con la conocida Feras de la Pelasgiótide. Pero nada tendría de extraño si admitimos la alternancia $\Phi\epsilon\rho\text{-}/\Phi\alpha\rho\text{-}$ con un paso tan frecuente como $\epsilon\rho > \alpha\rho$, que el mismo topónimo se encuentre en otros dos lugares. El primero (I 151 y 293), precisamente una de las siete ciudades ofrecidas por Agamenón a Aquil-

⁶¹ Para una visión de conjunto, E. Meyer, *Der Kleine Pauly* 4, pp. 1249 ss. También, del mismo autor, «Arkadisches. 1. Pylai», *MH* 14, 1957, p. 81, sobre Pilas de Arcadia. La relación con Pilo parece evidente.

⁶² Cf. E. Meyer, *Der Kleine Pauly* 4, 710 ss. y 727 ss. También, «Arkadisches. 2. Pharaï-Pherai-Pharaia», *MH* 14, 1957, pp. 81 ss.

les, y que correspondería con la actual Kalamata, en el sur de Mesenia, a juzgar por el testimonio de los geógrafos (Strab. 8.4.4; Paus. 4.30.2.). El segundo, a orillas del Alfeo (E 543 ss.) y situable, por tanto, al oeste de Arcadia. Indudablemente, la distinción, si a ella hay lugar, entre una y otra localidad presenta dificultades, sobre todo si tenemos en cuenta que el mismo topónimo está atestiguado, con ligeras variantes, en Acaya occidental, Laconia y Beocia.

Orcómeno es una conocida localidad beocia que aparece en el CN (B 511). Sin embargo, otra Orcómeno⁶³, situada en Arcadia, es citada en el CN (v. 605), y una tercera, al sur de la llanura de Acaya Ftíótide (Diod. 20.110.3; *Schol. Hom. ad. Il.* 2.511), fue confundida por Plinio con la de Beocia. Es evidente que Plinio pudo no conocer la geografía de Grecia lo suficientemente bien como para distinguir una Orcómeno de otra; pero cabe preguntarse si los poetas jonios del siglo VIII disponían de mayores elementos de juicio.

4.6. Los ejemplos aducidos, que podrían multiplicarse hasta el infinito⁶⁴, no pretenden constituir una crítica gratuita y puramente negativa de los postulados básicos de que parten Hope Simpson y Lazenby para su intento de localización de los topónimos del CN. Pero si tenemos en cuenta que a fines del MR III C, aún en plena época micénica, casi la totalidad del sur del Peloponeso comenzó a despoblarse y que sus habitantes fueron concentrándose en otras regiones de mayor seguridad como Acaya, Itaca y Ática, y que, tras el colapso definitivo del mundo micénico, continúan la despoblación y los movimientos migratorios hacia el interior (Arcadia)⁶⁵ y el norte del Peloponeso, por no citar el complejo proceso de las migraciones a Asia Menor, debemos concluir que los topónimos de origen micénico pudieron extenderse —en diferentes épocas incluso— por todas las regiones a las que llegaron los descendientes de los antiguos habitantes del Peloponeso predorio.

⁶³ Cf. E. Meyer, *Der Kleine Pauly* 4, pp. 330 ss. La asociación de Ἐρχόμενος, variante de Ὀρχόμενος, con myc. *e-ko-me-no* PY Cn 40 es problemática.

⁶⁴ Cf., por ejemplo, el caso de Ecalia en n. 59, o el de Efira, discutido por M. Sakallariou, *art. cit.* en n. 69.

⁶⁵ Para un intento de corroboración lingüística en el caso de Arcadia, cf. F. Kiechle, «Ostarkadische Namen in den Pylos Lineartafeln. Ein Beitrag zur Besiedlungsgeschichte Arkadiens», *Kadmos* 1:2, 1962, 98-116.

Si a ello se añade que fue en la Jonia del siglo VIII donde se fijó definitivamente el contenido de los poemas homéricos, la verosimilitud de sus referencias y descripciones toponímicas relativas a la época micénica será forzosamente muy limitada. A este respecto, el caso de Itaca y sus contradictorias referencias, que han movido a las localizaciones más diversas, es muy significativo⁶⁶. Resulta, pues, evidente que la única posibilidad de admitir que los topónimos del CN reflejan con exactitud los emplazamientos de época micénica sería demostrar que, *lingüísticamente*, el CN sólo pudo haber sido compuesto en época micénica. Y para ello no hay otro procedimiento que un análisis dialectal y formular al que Hope Simpson y Lazenby no recurren.

4.7. Hasta aquí las prevenciones que nos sugieren los topónimos del CN; prevenciones que son extensibles a la supuesta antigüedad de los antropónimos y étnicos que en él aparecen, puesto que también en el caso de éstos se nos muestra como indispensable el emplear procedimientos lingüísticos.

Pero, aun en el caso de recurrir al análisis formular tal como lo proponemos *infra* (cf. 5.3.), hay factores que, desgraciadamente, contribuyen a hacer todavía más pesimista el panorama, frente al optimismo de Page respecto a lo apropiado de los epítetos formulares aplicados a cada topónimo⁶⁷. Como ha hecho ver recientemente J. M. Cook⁶⁸, de setenta y dos epítetos formulares aplicados a los topónimos, no menos de treinta pueden haber sido empleados arbitrariamente no por su propia significación, sino por su sonoridad, en busca de una aliteración como Εὔτρησίν τε πολυτρήρωνά τε Θίσβην (B 502) o Πυθῶνά τε πετρήεσσον (519). Por lo demás, en casos como Ἄραιθυρέην τ' ἐρατεινήν (571) o ἠνεμόεσσον Ἐνίσπην (606) cabe preguntarse con Cook si el nombre no pudo haber sido inventado precisamente para ser acompañado por el epíteto y no al revés.

⁶⁶ Cf. la discusión del problema en E. Suárez de la Torre, «Itaca y Ulises», *Eclás* 69-70, 1974, 221-239.

⁶⁷ Page, *HHI*, pp. 159-160 n. 22.

⁶⁸ J. M. Cook, «Two notes on the Homeric Catalogue 1. Alliteration and Assonance», *SMEA* 2, 1967, pp. 103-105. Igualmente escéptico se muestra ante la autenticidad de antropónimos y topónimos del *Catálogo Troyano*, cf. *ibid.*, pp. 105 ss.

Si a esto añadimos, finalmente, que un epíteto aplicado a una ciudad o topónimo en general puede ser tomado arbitrariamente a partir de otra del mismo nombre en la que tal epíteto sí estará justificado —como es el caso de Ἐφόρη μυχῶ Ἄργεος ἱπποβότοιο (Z 152) en que, como ha demostrado M. Sakellariou⁶⁹, se aplica a la Efira de Sición un epíteto que correspondería propiamente a la localidad del mismo nombre de Tesalia, identificable con Cranon—, la conclusión es clara: el intento de localización de topónimos, ya de por sí sumamente problemático aunque vaya precedido de análisis formular, sin él es arriesgadísimo, y nos atreveríamos a decir que gratuito. El estudio arqueológico de Hope Simpson y Lazenby, por concienzudo y brillante que sea, se apoya en una base, por desgracia, poco firme.

5. En cualquier caso, tal vez los inconvenientes más graves del libro de Hope Simpson y Lazenby hay que buscarlos en el hecho de que, basándose en los resultados del estudio de los topónimos, cuyos problemas hemos pretendido poner de relieve *supra*, intenten sacar conclusiones de carácter general sobre cuestiones que desbordan los límites estrictos del estudio arqueológico y atañen más bien a la composición de los poemas homéricos. Pero, sin necesidad de remontarnos a las conclusiones relativas al supuesto autor único común a la *Iliada* y al *CN*, o al intento de reducir en todo Homero el número de rasgos postmicénicos en favor de los micénicos —auténticas peticiones de principio gratuitamente sugeridas sin demostración alguna—, la limitación del estudio de Hope Simpson y Lazenby y del método empleado se deja ver con gran claridad en tres puntos:

1.º El no tener en cuenta la significación que para la época que refleja el *CN* tiene la presencia de los beocios y de las estirpes del NW (cf. 5.1-5.2).

2.º La admisión de la existencia de una poesía micénica de la que la épica homérica sería sucesora directa (cf. 5.3).

3.º La suposición de que el *CN* estaría ya compuesto en lo esencial a fines de la época micénica, concretamente en el MR III C (cf. 5.4).

⁶⁹ M. Sakellariou, «Ἐφόρη μυχῶ Ἄργεος ἱπποβότοιο», *Atti Roma* II 1968, 901-905, con discusión de teorías previas de Bethe, Leaf, Dunabin y otros.

El empleo de criterios lingüísticos en los tres casos que acabamos de citar induce a discrepar considerablemente de los puntos de vista defendidos por los autores.

5.1. La presencia de las estirpes del NW (Φωκῆες, Λοκροί, Αἰτωλοί) y de los beocios (Βοιωτοί) en el CN es especialmente llamativa para el lingüista. Hope Simpson y Lazenby consideran que los beocios —suponemos que también las estirpes del NW, aunque no se aluda a ellas explícitamente—, se incorporan durante el MR III C, es decir, en época micénica, a la región que ocupan en época histórica; se basan para ello en la información tucididea (1.12.3) que sitúa su llegada alrededor de sesenta años después de la guerra de Troya, si bien alude a una avanzadilla previa con el fin de justificar precisamente la información del CN.

Sin embargo, y aun admitiendo que tal criterio nada tiene en principio de inverosímil, no se puede excluir que los Βοιωτοί llegaran a Beocia en época postmicénica, como apunta R. J. Buck en un interesante artículo⁷⁰ basado preferentemente en criterios arqueológicos; en él hace ver que los Βοιωτοί no eran los pobladores de la Beocia micénica, sino que debieron forzosamente llegar desde Tesalia, porque *a*) durante el MR III B y III C no hay restos arqueológicos que indiquen contacto entre Tesalia y Beocia por el valle del Esperqueo, y *b*) Beocia, que no presenta frontera natural alguna con el Ática, muestra considerables restos de contacto con ésta a lo largo de la frontera artificial que las separa. Así, pues, concluye Buck, las innovaciones comunes al tesalio y al beocio no deben remontar a la edad del Bronce, sino que fueron llevadas a Beocia por los Βοιωτοί expulsados de Arne. Para fechar esta migración, la historiografía antigua no ofrece grandes garantías: ya comentamos el escaso crédito que nos merece el testimonio de Tucídides, quien, en este caso, pretendería dar una explicación *ad hoc* para no contradecir a Homero. Por lo demás, para algunos (Paus. 10.8.3), la llegada de los Βοιωτοί fue muy anterior a la guerra de Troya, mientras que, para otros (Diod. 19.53.8), ha de situarse cuatro generaciones después. Debemos, por tanto, concluir que en principio ni la arqueología ni los datos históricos contribuyen a resolver la disyuntiva entre una cronolo-

⁷⁰ R. J. Buck, «The Aeolic Dialect in Boeotia», *CIPh* 43, 1968, pp. 268-280.

gía del MR III C o de época postmicénica para la llegada de los Βοιωτοί.

Ahora bien, la lingüística puede en este caso aportar interesantes datos. Sin necesidad de recurrir a la tesis de R. Coleman⁷¹, para quien el beocio es dialecto puente entre el dorio y el eolio —punto de vista indemostrable—, la cronología de dos rasgos característicos de los tres dialectos eolios y ausentes de los hablados en las regiones circundantes al valle del Esperqueo (Fócide, Lócride, Énide, Málide, etcétera) sugiere una fecha postmicénica:

1) El tratamiento⁷² labial de labiovelares ante ε es postmicénico como testimonian inequívocamente en las tablillas formas como *qe κ^wε*, *qe-to-ro κ^wετγ^o*, etc. Dicho tratamiento falta en las regiones situadas entre Tesalia y Beocia.

2) Como ha hecho ver convincentemente O. Szemerényi⁷³, el estadio de lengua de las tablillas micénicas no conoce todavía la extensión del sufijo -τ- (-vτ-, como en el presente, en los dialectos eolios) al participio de perfecto activo. Tales extensiones tendrían lugar en época en que la aspiración que encontramos en *a-ra-ru-wo-a* ἀραρφοῖα (con sufijo *-wos- > -woh-) era aún relevante fonológicamente. Tal fenómeno, aunque se da también aisladamente en formas femeninas en foc. δεδωκουσας, τετελευτακουσας, aparece en masculino únicamente en los dialectos eolios.

Estos dos rasgos exclusivamente eolios apuntan a una época de comunidad. Pero si, como hemos visto, tales rasgos han surgido en época postmicénica —o al menos posterior a la lengua de las tablillas—, es evidente que para entonces la comunidad protoeolia aún no se habría disgregado (con la emigración de los beocios hacia Beocia y de los futuros lesbios hacia Asia Menor). La conclusión que de todo ello se deriva es concluyente: los Βοιωτοί no abandonaron a las demás stirpes eolias hasta bien entrada la época postmicénica. Podría argüirse frente a ésta tan elemental argumentación que la

⁷¹ R. Coleman, «The Dialect Geography of Ancient Greece», *TPhS*, 1963, pp. 58-126, esp. 118.

⁷² La forma chip. *pe-i-se* πεισει, debida probablemente a analogía, no debe aquí detenernos. Igualmente el antropónimo foc. Φειστίων *GDI* 1828.2 no debe tenerse en cuenta por razones obvias: los nombres propios en general no tienen valor para el conocimiento exacto de un dialecto.

⁷³ O. Szemerényi, «The Perfect Participles Active in Mycenaean and Indo-European», *SMEA* 2, 1967, pp. 7-26.

comunidad protoeolia podría extenderse ya durante la Edad del Bronce desde Tesalia a Beocia, incluyendo las regiones del valle del Esperqueo. Tal objeción tendría valor a la vista del dativo en $-\epsilon\sigma\sigma\iota$, que también está atestiguado en los dialectos de Fócide y Lócride occidental⁷⁴; pero el que en tales dialectos no se atestigüe ni el tratamiento labial de labiovelar ni el participio de perfecto masculino flexionado como el de presente, y, sobre todo, la certeza de una migración desde Arne, quitan fuerza a tal objeción. Nos parece, por tanto, más lógico admitir que la llegada de los beocios a Beocia tuvo lugar en época postmicénica, por lo menos después del MR III C, y quizá en fecha aún más reciente.

Por lo demás, y a mayor abundamiento, la presencia en el CN de los foceos, locros y etolios, pueblos de reconocido origen nor-occidental, como prueban inequívocamente sus dialectos, y en íntima relación con las estirpes consideradas dorias *sensu stricto*, induce a considerar que el CN refleja una situación postmicénica, cuanto menos en los pasajes en que aparecen todas las estirpes a que nos hemos referido.

5.2. Si admitimos que el CN refleja la época postmicénica en función de la presencia en él de los beocios y estirpes del NW, cabría admitir, como lógico corolario de lo anteriormente expuesto, que la presencia en Rodas del Heraclida Tlepólemo y de las «tres estirpes» o la de los también Heraclidas Fidipo y Antifo en la región insular en torno a Cos representan el intento de algunos elementos dorios de constar en el CN. Esta posibilidad es descartada, como ya expusimos *supra* (cf. 3.4.2), por argumentos mitográficos no del todo convincentes.

⁷⁴ Las teorías acerca de la cronología del dativo en $-\epsilon\sigma\sigma\iota$ son muy diversas, pero en este caso lo de menos es que sea o no de antigüedad micénica, ya que se atestigua en Fócide y Lócride, además de en Élide, Argólide, colonias corintias y Cirene. Se presentan varias posibilidades: a) Que su presencia en Fócide y Lócride se deba al sustrato eolio de época postmicénica. b) Que se deba al sustrato eolio en época micénica. c) Que no sea sino una isoglosa común a varios dialectos en época postmicénica. El autor de estas líneas admitió las dos primeras, aunque sin excluir la tercera, que nada tiene de inverosímil y nos parece hoy la más sugestiva, como pretendemos demostrar en un estudio en prensa. Para una discusión, cf. J. L. García Ramón, «El llamado sustrato eólico: revisión crítica», *CFC* 5, 1974, 233-277.

En el caso de Tlepólemo, que reina sobre los rodios (B 655-656 διὰ τρίχα κοσμηθέντες, / Λίνδον Ἰηλυσὸν τε καὶ ἀργινόεντα Κάμειρον; 668 τριχθὰ δὲ ζῆκηθεν καταφυλαδόν), Hope Simpson y Lazenby basan la exclusión de un elemento dorio fundamentalmente en dos argumentos:

1.º Las alusiones a la supuesta división en tres tribus características de los dorios no se referirían a otra cosa que a las tres ciudades de la isla (Lindo, Yaliso, Camiro).

2.º Nada significaría el que Tlepólemo sea Heraclida, ya que, como hizo ver M. P. Nilsson, Hércules era tenido como héroe relevante ya en época micénica antes de ser asociados sus descendientes con las estirpes dorias. Concretamente, Hércules podría haber tenido gran prestigio en el Dodecaneso a juzgar por las alusiones a su viaje a Cos (Ξ 250 ss.). Por lo demás, Tlepólemo, muerto a manos del licio Sarpedón, podría ser un héroe local rodio.

Estos argumentos pueden parecer en principio convincentes, pero no podemos pasar por alto tres objeciones que se pueden hacer valer contra ellos:

1.ª Pese a que la existencia del mito de Hércules se remonta a época micénica, es sabido que los dorios se apropiaron, por así decir, la condición de Heraclidas con el fin de tener un antepasado mítico que justificara su dominación sobre amplias regiones del Peloponeso y Grecia central ocupadas durante la Edad del Bronce por los micénicos. Nada, pues, prueba contra el carácter dorio de Tlepólemo el que Hércules fuera héroe de origen micénico, ya que precisamente en ello se apoyaba la propaganda doria.

2.ª Tlepólemo llega a Rodas procedente de la Argólide, justamente el lugar de donde partieron los dorios que la ocuparon (Thuc. 7.57.0. Ῥόδιοι, Ἀργεῖοι γένος). Por supuesto, es muy verosímil que Rodas fuera colonizada en época micénica por aqueos procedentes también de la Argólide, pero es muy significativo que Píndaro (*Ol.* 7.20 ss.), en una oda dedicada a un dorio del linaje rodio de los Eratidas, presente a Tlepólemo como fundador en la isla del linaje «de vasta fuerza» de Hércules (Ἡρακλέος εὐρυσθενεῖ γέννῳ). Parece claro que, al menos para la tradición poética, Tlepólemo era inseparable de la estirpe doria de Rodas, y es en este sentido en el que hay que entender que se le tenga por Heraclida.

3.^a Si bien la alusión contenida en B 655 puede referirse simplemente a las tres ciudades citadas en el verso siguiente, la del verso 668 apunta específicamente a las tres φύλαι dorias, como parece indicar el adverbio καταφυλαδόν⁷⁵.

En realidad, únicamente un estudio pormenorizado desde el punto de vista mitográfico podría solucionar de manera concluyente la cuestión de si Tlepólemo debe entenderse o no como héroe dorio, pero las razones aducidas hacen verosímil una respuesta afirmativa. Con todo ello tenemos que, al menos en el caso de Rodas, el CN refleja una situación postmicénica, de una época en que los dorios estarían ya asentados en la isla. Tal criterio encontraría apoyo en el hecho de que Camiro, Lindo y Ialiso presenten restos evidentes de ocupación en los períodos protogeométrico y geométrico, como hacen ver Hope Simpson y Lazenby (pp. 118-119).

Asimismo, parecen apuntar a una época claramente postmicénica la mención de los heraclidas Fidipo y Antifo —hijos de Tesalo— en el Dodecaneso y la circunscripción del reino del Idomeneo a la región central de Creta, detalles ambos que encuentran correlato en la existencia de restos de ocupación en la Edad del Hierro en ambas regiones.

Hemos estudiado sucintamente un punto en el que resulta evidente que, sin necesidad siquiera de recurrir a un estudio dialectal o formular del CN, los criterios lingüísticos inducen a ver en él la imagen de una época en que los pueblos del NW y algunos de los dorios estaban ya asentados en las regiones que ocuparon en época histórica. Los dos puntos que nos restan por discutir guardan relación con cuestiones generales, cuya problemática podemos únicamente esbozar.

5.3. Hope Simpson y Lazenby se plantean la disyuntiva entre tradición popular y poesía micénica como vehículo por el cual llegó hasta la forma en que lo conocemos el elemento supuestamente micénico del CN y de Homero en general, y optan por la segunda posibilidad, que, desde luego, es sugestiva en principio. Pero el problema —repetimos— no puede en modo alguno solucionarse sin

⁷⁵ No sabríamos admitir la desconfianza de A. Andrewes, *Hermes* 89, 1961, 132-133, respecto al valor propio de φύλαι en este pasaje.

recurrir al análisis formular. Page se hizo cargo de tal necesidad y dedicó algunas páginas⁷⁶ de su libro a glosar el uso en el CN de epítetos formulares —comunes algunos de ellos a la *Iliada* y a la *Odisea*, exclusivos los otros de uno solo de los poemas—, acompañando a topónimos y a antropónimos. Las observaciones de Page son de evidente interés, pero no sabríamos compartir su optimismo respecto al carácter propiamente micénico de tales fórmulas.

Como hemos defendido, *supra* (cf. 4.6.), sólo el análisis formular puede facilitar la datación relativa de un pasaje homérico y, en el caso que nos ocupa, la pertenencia del CN a una poesía épica hexamétrica micénica en cuanto a la temática y a la fecha de constitución. Pero, con todo, el que se empleen epítetos formulares o incluso fórmulas enteras no prueba forzosamente la pretendida antigüedad micénica; es muy probable, en efecto, que tales fórmulas se acuñaran —¿por qué no?— durante la Edad Oscura subsiguiente al desastre final del mundo micénico (ca. 1150-1125 a. C.).

La única garantía de la antigüedad micénica de una determinada fórmula sería la demostración de que ésta no presentaría una secuencia amétrica al ser traspuesta o «traducida» al micénico. Tal sería el caso de la tan citada⁷⁷ fórmula Δι μῆτιν ἀτάλαντος (B 636 = $\cup _ _ _ \cup _ _ _$) que presenta dos aparentes irregularidades métricas: la cantidad larga de la $_1$ final en el dativo Δι $_1$ y de la sílaba final en μῆτιν. Ambas irregularidades quedarían regularizadas si imagináramos la fórmula en su supuesto estadio micénico: Δι $_1$ Fei μῆτιν *h*ατάλαντος, con mantenimiento del dativo en $_e_i$ (mic. $_e_i$) y conservación de la relevancia fonológica de la aspiración inicial de *h*ατάλαντος ($_s\eta_i$). Nótese, sin embargo, que contra la antigüedad micénica de esta fórmula podría obrar el que el chipriota aún conserve el dativo en $_e_i$, pero, pese a todo, la fórmula parece ser de origen micénico. Igualmente, λιποῦσ' ἀνδροτήτα καὶ ἥβην (Π 857 = $\cup _ _ _ _ \cup _ _ _ _$), en que sólo se explica la cantidad breve de la primera sílaba de ἀνδροτήτα si admitimos con A. Heubeck⁷⁸ que la $_r$ se mantenía aún intacta en micénico. La fórmula apuntaría también

⁷⁶ Page, *HHI*, 151 (antropónimos), 159-160 n. 22 (topónimos).

⁷⁷ Cf., por ejemplo, C. J. Ruijgh, *Atti Roma* I, 857.

⁷⁸ A. Heubeck, «Syllabic $_r$ in Mycenaean Greek I?», *Acta Mycenaea* II, Salamanca, 1972, 55-79. Pero precisamente esta fórmula y otras con mantenimiento de $_r$ son consideradas postmicénicas por el autor.

a época micénica, aunque no podemos olvidar que quizá la *γ se mantuviera sin tratar hasta bien avanzada la Edad Oscura, con lo que también podría tratarse de fórmula de época postmicénica.

Vemos, pues, que incluso en fórmulas como las dos que acabamos de ver, el carácter micénico no pasa de ser una probabilidad, más o menos verosímil. El escepticismo ante las supuestas fórmulas de fecha micénica fue manifestado por Kirk⁷⁹ en un excelente artículo sobre los criterios objetivos de datación aplicables a Homero, publicado en 1960. Fue años después G. Gallavotti⁸⁰ quien en su clarividente ponencia presentada al 1.º Congreso Internacional de Micenología (Roma, 1967) apuntó una serie de precisiones metodológicas fundamentales y demostró de forma concluyente que un altísimo porcentaje de fórmulas supuestamente micénicas resultarían amétricas al ser «traducidas» a la lengua de las tablillas.

Con ello la posibilidad de un origen micénico de la poesía hexamétrica homérica disminuye considerablemente. A mayor abundamiento, es muy probable que la tradición micénica se transmitiera por medio de relatos orales en prosa de los que nada sabemos, pero que pudieron conservar vivo el recuerdo del pasado glorioso hasta que la épica que culminó en Homero se apropiara de los temas, ya en plena Edad Oscura. En cualquier caso, resulta inadmisiblemente aceptar, como lo hacen Hope Simpson y Lazenby, la existencia de una poesía épica micénica como base de la homérica por el simple hecho de que en ésta sea admitido el elemento arqueológico calificable —no datable en los poemas— como micénico. La posibilidad de una épica de tema, tradición y material micénicos *compuesta en época postmicénica* es sensiblemente más verosímil y hay dos razones de peso que parecen corroborarlo:

1.ª El hecho de que el estilo de vida micénico persistiera (cf. 4.1.) durante la Edad Oscura, aunque en diversos grados según las regiones, confiere a este período unas innegables posibilidades poéticas, como demostró magistralmente Kirk⁸¹. En primer lugar, la comparación con épicas de otros países y épocas como la yugoslava

⁷⁹ Cf. *art. cit.* en n. 31.

⁸⁰ C. Gallavotti, «Tradizione micenea e poesia greca arcaica», *Atti Roma II*, pp. 831-856.

⁸¹ Kirk, «Oral Poet and Dark Age», *PCPhS* N. S. 7, 1961, 34-38, con ideas desarrolladas en *SH* pp. 126 ss.

tras la batalla de Kosovo (1389) o la rusa en torno a Kiev tras la destrucción de la ciudad (1240), que se desarrollaron en circunstancias no menos desfavorables que las de Grecia en la época que siguió a los desastres de fines del MR III C, sugiere que en regiones como Itaca, Acaya o Ática pudo surgir y desarrollarse una épica de creación con no menos recursos y posibilidades que la supuestamente existente en época micénica. Por lo demás, y en ello seguimos en total acuerdo con Kirk, no fue Atenas⁸² por el mero hecho de ser el principal centro cultural urbano que se mantuvo durante la primera fase de la Edad Oscura (hasta ca. 1050) el único lugar en que pudo desarrollarse la épica postmicénica. Nuevamente la comparación con otras épocas demuestra que en lugares como las montañas de Creta o en los parajes angostos de Yugoslavia se puede crear y desarrollar una épica formular de tema heroico. Si a esto añadimos que las recientes investigaciones de Snodgrass y Desborough, tantas veces citadas en este trabajo, han demostrado que la imagen de la llamada Edad Oscura, tenebrosa e inculta, que tradicionalmente se ha querido ver no se corresponde en modo alguno con el relativo alto nivel de las creaciones de la cerámica submicénica —por no citar el reconocido valor artístico de los logros de los períodos protogeométrico y geométrico— ni con la perfección alcanzada en la técnica del hierro, la conclusión es clara: nada hay desde el punto de vista material que nos obligue a hacer remontar la poesía de Homero a una hipotética épica micénica, cuyo conocimiento se nos escapa y de la que sólo algunos restos lingüísticos aislados serían irreductiblemente contemporáneos. Es precisamente en época postmicénica cuando más razón de ser tendría una poesía épica *laudator temporis acti*, que procurara una evasión ante la realidad cotidiana indudablemente más dura que los tiempos idealizadamente felices de la Edad del Bronce, y sirviese a la vez de paradigma para futuras generaciones.

2.^a A mayor abundamiento, la lingüística apoya definitivamente la posibilidad que acabamos de glosar. Hay acuerdo unánime en considerar que la lengua de los poemas es eminentemente post-homérica, y en ello coinciden tanto los autores (C. J. Ruijgh,

⁸² La importancia tributada a Atenas por Webster *FMTH* y C. H. Whitman, *Homer and the Homeric Tradition*, Harvard, 1938, resulta excesiva.

P. Wathelet, R. Hiersche)⁸³ que defienden la teoría de las tres fases —aquea, eolia, jonia— como aquellos (M. Durante)⁸⁴ que creen más bien en la existencia de una lengua poética tradicional, polimórfica y artificial que se enriquece progresivamente sin relación directa con dialecto hablado alguno. La existencia de algunos términos y rasgos lingüísticos de origen micénico⁸⁵, incluso desde el punto de vista cronológico, indican que una primera etapa de la tradición, prácticamente indelimitable, puede hundir sus raíces en época micénica; pero precisamente la escasez de estos rasgos lingüísticos frente a la mayoría de los postmicénicos inducen a pensar que la épica homérica se constituyó durante la Edad Oscura.

5.4. Finalmente, inútil decir que la hipótesis de Hope Simpson y Lazenby —que sigue la de Page— de que el CN estaría ya acabado a fines de la Edad del Bronce y que permaneció prácticamente intacto durante toda la Edad Oscura, queda —como todas las demás— en suspenso, «ingrúvida y gentil», teóricamente posible, pero en modo alguno probada a juzgar por lo expuesto. Únicamente un estudio sistemático de las particularidades lingüísticas del CN, como el que en la actualidad se encuentra preparando P. Wathelet, puede ofrecer garantías de verosimilitud en cuanto su fecha de constitución. A falta por ahora de tal estudio, y sin necesidad de recurrir a la formulación radical de Jachman, que lo fecha en el siglo VII a. C., la posibilidad de una fecha posterior al fin del MR III C y —al menos en algunos pasajes —al asentamiento de los dorios y estirpes del NW, es altamente verosímil. El estudio lingüístico desborda por supuesto los límites de nuestro trabajo, y no podemos entrar en él, por lo que ninguna conclusión positiva nos es lícito aventurar. Significativo es, sin embargo, que —como ha hecho ver W. McLeod⁸⁶— de los treinta y nueve genitivos singulares de la flexión temática que aparecen en el CN haya veinte formas en -ου irreductible, lo cual apunta de modo inequívoco a una fecha reciente.

⁸³ C. J. Ruijgh, *L'élément achéen dans la langue épique*, Assen, 1952; P. Wathelet, *Les traits éoliens dans la langue de l'épopée grecque*, Roma, 1970; R. Hiersche, *Gründzüge der griechischen Sprachgeschichte*, Colonia, 1970, 87 ss., y *Die Sprache Homers im Lichte der neueren Forschungen*, Innsbruck, 1972.

⁸⁴ M. Durante, *Sulla preistoria della tradizione poetica greca*, Roma, 1971.

⁸⁵ Cf. para un estudio de éstos, M. Durante, *ob. cit.*, 63 ss.

⁸⁶ Cf. *Phoenix* 24, 1970, p. 269.

6. Podríamos, para terminar, resumir las conclusiones que se pueden obtener de las líneas generales que ha seguido este trabajo:

1) El estudio arqueológico del material homérico prueba únicamente antigüedad micénica en algunos casos concretos. Pero el que tales elementos se hayan incorporado a la tradición épica en época micénica que culmina en Homero es una pura hipótesis indemostrable sin argumentos lingüísticos, ya que el estilo de vida micénico se mantiene durante la Edad Oscura. Incluso aunque no hubiera ocurrido así, los elementos micénicos podrían ser citados y descritos incluso con detalle en la épica homérica postmicénica simplemente gracias al recuerdo arcaizante de tiempos pasados.

2) El estudio arqueológico de los topónimos del *CN* llevado a cabo por Hope Simpson y Lazenby se apoya en la poco firme base de la supuesta autenticidad de los datos homéricos y en la posibilidad de identificarlos con los que suministran los geógrafos e historiadores antiguos. Un tal intento de localización implica forzosamente admitir como dogma que tales topónimos entraron en el *CN* en época micénica, ya que es muy improbable que los aedos del siglo VIII guardaran otra cosa que un vago recuerdo y unos nombres casi vacíos de contenido, sin localización concreta en lugar alguno de Grecia.

3) Únicamente el estudio formular puede garantizar tal antigüedad micénica, aunque tampoco está en modo alguno demostrado que los epítetos formulares aplicados a topónimos o antropónimos no respondan a su sonoridad más que a su significación, pudiendo pasar de un nombre a otro arbitrariamente. Sugestiva es incluso la posibilidad de que los topónimos hayan sido inventados precisamente en función de los epítetos y no al revés.

4) Las conclusiones que permite un estudio arqueológico son muy limitadas y sin recurrir a la lingüística es imposible llegar a formulaciones de carácter general sobre la fecha en que se fijó el contenido definitivo del *CN*, sobre la época de Grecia que refleja o sobre la posibilidad de una poesía micénica.

5) Algunos rasgos como la presencia de los beocios y de las eitrpes del NW en Grecia central, la de Heraclidas en Rodas y el Dodecaneso y la evidencia misma de la lengua de los poemas inducen más bien a creer que, al menos en estos pasajes, la descripción del *CN* concuerda en varios pasajes con la Grecia de la Edad Oscura.

El trabajo de Hope Simpson y Lazenby, al margen de sus indudables valores objetivos (amplísima documentación, exposición sobria y sistemática) y subjetivos (las sugestivas hipótesis sobre la fragmentación de la unidad cultural micénica reflejada en el *Catálogo de las Naves*, y sobre los elementos propagandísticos presentes en él) merece mención especial por las objeciones que despierta. Estas no se limitan al método —o, mejor dicho, a los postulados básicos de la aplicación de ese método—, sino al optimismo de los autores respecto a la posibilidad de obtener conclusiones de tipo general a partir de los resultados obtenidos con tal método. Si un estudio lingüístico del *Catálogo* permite asegurar —cosa improbable— que los topónimos que en él se citan datan realmente de época micénica y, por tanto, coinciden con los establecimientos micénicos estudiados, el exhaustivo trabajo de Hope Simpson y Lazenby tendrá una validez casi incontestable. Pero no pasará de ser una valiosa —e improbable— especulación si, como parece más probable, el estudio lingüístico presenta características recientes.

El objeto de estas consideraciones no era otro que poner de relieve las ventajas e inconvenientes de la aplicación de criterios arqueológicos en el caso concreto del *Catálogo de las Naves* e, indirectamente, en todo Homero. Una vez más es la lingüística la que parece tener la última palabra en la problemática homérica y sería de desear que a ella se atuvieran, abandonando tesis preconcebidas basadas en la arqueología, todos aquellos autores —arqueólogos o no— que pretendan abordar con rigor la cuestión de los estratos culturales en la epopeya griega.

JOSÉ LUIS GARCÍA RAMÓN